REFLEJOS DEL LEGADO DE OSWALDO PAYÁ SARDIÑAS EN LA UNIÓN EUROPEA.

JOSEP ANTONI DURAN I LLEIDA*

Por diversas razones, es un honor para mí estar aquí ante ustedes para hablarles de Oswaldo Payá, una persona valiente y ejemplar, que dedicó su vida a la defensa de la democracia, del diálogo y de los derechos humanos en Cuba, y que, precisamente por ello, la Unión Europea, le reconoció su labor con el Premio Sájarov en 2002.

Y les agradezco esta oportunidad de evocar la figura y valores de este gran defensor de los derechos humanos porque fueron muchas las ocasiones que tuve, de una manera u otra, de hablar con él, de expresarle mi admiración e, incluso, postular y apoyar su reconocimiento público y la incorporación de su Movimiento Cristiano de Liberación en la Internacional Demócrata Cristiana, en la que se integró en 1998.

Por tanto, mi conocimiento de Oswaldo Payá no es ni de oídas ni reciente. Nuestra relación se fue forjando durante años y años, y creo que el partido que tuve el honor de presidir, Unió Democràtica de Catalunya, jugó un papel relevante en su reconocimiento, del Proyecto Varela y del Movimiento Cristiano de Liberación (MCL).

Recuerdo, con especial emoción, cuando en una de nuestras reuniones en la cámara "acorazada" de la embajada de España en Cuba – a la que alguna vez llegó andando porque "alguien" acostumbraba a robar las bicicletas en los momentos más inoportunos (eso sí, andando o en bicicleta siempre con estrecha vigilancia de agentes del régimen castrista) — me explicaba con entusiasmo los primeros pasos de su propósito –luego conocido como Proyecto Varela—de reunir las 10.000 firmas de electores cubanos que la nueva Constitución de 1992 exigía para la presentación de proposiciones de Ley ante la Asamblea Nacional. Y recuerdo su emoción cuando, en una llamada telefónica, me dijo con notable

*Abogado español, Político ex Eurodiputado Español y ex Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de Las Cortes de España.

excitación "Las tenemos". Fueron 25.000 firmas, pero, junto a su significación política, no podré olvidar la emoción con la que nos dio la noticia, y la emoción que me provocaron sus palabras. (Oswaldo me pedía siempre que le llamara a menudo, consciente de que al estar controlado su teléfono el régimen sabía que él tenía amigos que velaban por su salud política y, sobre todo, física) Recuerdo también que, en noviembre de 1998, en una carta dirigida a la Internacional Demócrata Cristiana, volvió a solicitar, una vez más, el apoyo de dicha organización en la lucha por el cambio pacífico y la liberación de Cuba. Insistía –en lo que sería uno de sus postulados más firmes-- en que no sería aceptable ningún proceso en que se excluyese a los cubanos, negándoles sus derechos, ni la construcción de una nueva forma de opresión. En esta misiva, Oswaldo Payá se lamentaba de no haber podido participar en un congreso de la IDC celebrado en Madrid, porque el gobierno de su país se lo impedía, a pesar de las gestiones personalmente hechas en su favor.

Esa prohibición constante de salir de Cuba volvió a manifestarse años más tardes, cuando Unió Democrática le concedió la Medalla Carrasco y Formiguera, El galardón, concedido a notables defensores de los derechos humanos y luchadores por la libertad – entre otros, por ejemplo, Vaclav Havel—no pudo ser recogido por Oswaldo, y le fue entregado físicamente a su hermano Óscar. Fue muy emotivo el discurso grabado por Oswaldo que pudimos oír y en el que, una vez más, nos recordaba la situación de sus hermanos, los prisioneros de la Primavera de Cuba, y la situación de todos los cubanos que dentro y fuera de Cuba luchan pacíficamente por la liberación y la democracia

No quiero alargarme con más referencias a mi relación constante con Oswaldo Payá, pero me alegro de haberla podido manifestar en vida suya de manera privada y pública, no sólo a él, sino urbi et orbi. Y, por ello, acabo recordando la tristeza y desolación que me produjo la noticia de su muerte, difícil de explicar, pero que intenté expresar en la glosa fúnebre que escribí para el diario La Vanguardia y que se publicó pocos días después de su asesinato. Como dije entonces y repito ahora, "su lucha, su bondad, su integridad y la firmeza de sus convicciones siempre serán un ejemplo para todos nosotros".

Y eso es lo que quiero transmitirles hoy, que su lucha no fue en vano y que su ejemplo y su mensaje, once años después de su muerte, siguen siendo igual de válidos y útiles, tal vez más necesarios que nunca. Y que esa lucha por los derechos humanos no era una lucha exclusiva y local, algo que se entendiese sólo en términos cubanos, sino que es una lección que debemos seguir aprendiendo y recordando, tanto en nuestra supuestamente civilizada Europa como en el mundo entero, sobre todo ahora que las democracias se nos muestran tan frágiles y vulnerables.

¿Qué les voy a decir de la vida de Oswaldo Payá que ustedes no sepan? Sin embargo, no está de más, recordar algunos datos biográficos de su persona.

Hijo de una familia sencilla de profundas convicciones católicas, de muy joven ya se negó a afiliarse al partido comunista. Con menos de diecisiete años fue enviado a campos de trabajo forzado. Evocando sus recuerdos desde Cuba del mayo francés de 1968, expresaba su perplejidad porque los manifestantes portaban imágenes de Fidel Castro y del Che, cuando él, con sólo dieciséis años, ya sufría la persecución y el acoso de las autoridades cubanas por negarse a formar parte del partido comunista.

En cualquier caso, desde su juventud fueron habituales las detenciones, los encarcelamientos, los acosos en su domicilio, no sólo por sus convicciones políticas, sino también por su condición de católico. Después de detenciones, confinamientos y amenazas, en el año 1997, junto con otros miembros del MCL[3], como ya les indicaba, empieza a recoger firmas, que dan lugar al Proyecto Varela. En todo este contexto, quiso que su partido entrara en la internacional democristiana y me pidió que lo apadrinara. Así lo hice, y el resultado fue su incorporación en 1998.

En ese mismo 1998, Payá lanzó el citado Proyecto Varela, una propuesta que se amparaba en la Constitución cubana para solicitar al gobierno que convocara un referéndum sobre cinco puntos: libertad de expresión, libertad de asociación, amnistía para los presos políticos, libre iniciativa económica y elecciones libres y plurales. Payá, como ya recordé, logró reunir más de 25.000 firmas, que entregó al Parlamento cubano en mayo de 2002.

Poco a poco su proyecto adquiere resonancia y difusión internacional. Lo demuestra el prestigioso premio Sajarov, en el año 2002, y el hecho de que en su salida de Cuba fuera recibido por Juan Pablo II, por el presidente de México o por el entonces secretario de Estado norteamericano Colin Powell.

El 22 de julio de 2012, Payá murió en un accidente de tráfico. En ese accidente también falleció el cubano Harold Cepero, otro miembro del MCL. Según la versión oficial, el coche se salió de la carretera y chocó con un árbol debido a un exceso de velocidad y a un mal estado del pavimento.

Como es público y notorio, la familia de Payá y algunos testigos afirmaron que el coche fue embestido por otro vehículo que los seguía, y que los agentes de seguridad que llegaron al lugar del accidente les amenazaron y les obligaron a cambiar su versión. La familia de Payá pidió una investigación independiente e

imparcial sobre las circunstancias de su muerte, y acusó al gobierno cubano de ser el responsable. En 2023, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) emitió una resolución en la que determinó que el Estado cubano era responsable de la muerte de Oswaldo, y que había violado su derecho a la vida, a la integridad personal, a la libertad de expresión y a la participación política.[4]

Como les decía, la muerte de Oswaldo Payá no fue una noticia ni extraña ni inesperada. El mismo Oswaldo, a finales de enero de 2008, relató en un escrito el intento de asesinato que sufrió cuando alguien, de noche, había aflojado, casi hasta el final de las roscas, las cinco tuercas que fijan la llanta del neumático a la tambora, Como escribía él mismo, "cuando alguien afloja los clanes de una rueda sabe que el auto podrá caminar cierta distancia hasta que algún obstáculo o maniobra, dependiendo de la velocidad, provoque que la rueda se salga de su lugar con las consecuencias imaginables". Pero no por eso, ni por los acosos, ni por las detenciones, ni por los maltratos, renunció en ningún momento a su lucha pacífica por la democracia. Y es obvio que esa lucha le costó el más alto de todos los precios.

Europa, la vieja Europa, que tras la Segunda Guerra Mundial apostó por evitar la repetición de conflictos similares y por erigirse en un referente de paz, de democracia y de garantía de los derechos humanos, esa vieja Europa no siempre ha sido una punta de lanza para la consecución de la libertad en otros territorios. Evidentemente, la política y las relaciones internacionales devienen territorios complejos en los que los objetivos deseables no se hallan siempre al alcance de la mano. La política se convierte a menudo en el arte de elegir entre las opciones menos malas o entre aquellas que, aunque no den fruto al instante, sí que pueden madurar y servir al interés general a medio o largo plazo.

Esta vieja Europa no se puede decir que en modo alguno diese la espalda a Oswaldo Payá ni al Movimiento Cristiano de Liberación. Pese a desencuentros que luego podremos comentar, lo cierto es que, desde décadas atrás, Europa y sus naciones sí que levantaron la voz en pro de Oswaldo Payá y de su lucha por el diálogo y el respeto a los derechos humanos en Cuba.

Podemos discutir si la imposición de la mal llamada "posición común" de la Unión Europea respecto de Cuba establecida a finales de la década de los noventa del siglo pasado fue acertada o no, y podremos valorarla más adelante en palabras del propio Oswaldo Payá. En cualquier caso, esa Unión Europea que se ha ido forjando como proyecto democrático común, sí que ha insistido en el tiempo en la necesidad de democratización, reconocimiento de los derechos humanos y

diálogo en Cuba.

En 1999, sin duda alguna por la similitud entre la lucha pacífica en pro de los derechos humanos del pueblo checo y la lucha del Movimiento Cristiano de Liberación, Oswaldo Payá recibió el premio "Homo Homini" que anualmente la organización checa de derechos humanos "People in Need" otorga a una persona en reconocimiento a su dedicación a la promoción de los derechos humanos, la democracia y las soluciones no violentas a conflictos políticos. En ocasión de tal reconocimiento, Paya manifestó con claridad que la reconciliación era y es el único camino para la liberación de Cuba. En palabras de Payá, la liberación significa "mucho más que un cambio en el sistema económico, es mucho más que liberar el mercado, es el proceso de la realización integral de las personas en los pueblos en la construcción de la justicia social, la solidaridad, la democracia real y la libertad".

Y no podemos olvidar la brillante intervención de Payá al recibir en el año 2002, en Estrasburgo, el premio Sajarov, al que antes me referí, concedido por el Parlamento Europeo y promovido por el PPE, y de manera especial por mi desaparecido partido Unió Democrática de Catalunya. Para hacer justicia a su profundidad y a su contenido, esta intervención mía debería limitarse a repetir sus palabras. Pese a los veinte años transcurridos, no sólo no ha perdido un ápice de frescura, sino que nos ha de servir de acicate para seguir luchando por los derechos humanos tanto en Cuba, como en Europa como en cualquier otra parte del mundo.

En su primera frase nos recordó algo que a menudo olvidamos, que los derechos no tienen color político, ni dependen de la raza ni de la cultura. A su vez –nos recordaba Payá—"tampoco las dictaduras tienen color político, no son de derecha ni de izquierda, son sólo dictaduras".

Por ello –continuaba—"no vengo aquí a pedir apoyo para la oposición al gobierno cubano, ni a condenar a los que nos persiguen… No pido que tomen partido por el gobierno cubano o por los que se le oponen, a partir de posiciones ideológicas. Nosotros queremos que se tome posición a favor del pueblo cubano, con todos los cubanos. Y eso significa apoyar el respeto a todos sus derechos, apoyar la apertura, apoyar la demanda de que se consulte a nuestro pueblo en las urnas sobre los cambios que estamos demandando. Pedimos la solidaridad para que se le dé la voz a nuestro pueblo en las urnas, como lo propone el Proyecto Varela".

Estos cambios significarían participación en la vida económica y cultural, significarían derechos políticos y civiles y reconciliación nacional. Lamentablemente ninguno de estos tres anhelos han visto la luz en la Cuba de Oswaldo. Ese sería el

verdadero ejercicio de la autodeterminación del pueblo cubano. Debe terminar el mito –decía- de que los cubanos tenemos que vivir sin derechos para sostener la independencia y soberanía de nuestro país."

Es más, en 2012, en su libro póstumo "La Noche no será eterna", Payá denunciaba que el régimen totalitario en Cuba había encontrado la fórmula impúdicamente aplicada de «dos países, dos Cubas y un solo sistema». Una Cuba llena de miserias y limitaciones y sin oportunidades para los trabajadores y para la mayoría pobre, y otra, cada vez más cínicamente exhibida, de una minoría con todo el poder y todos los privilegios, que ahora –seguía afirmando-- ya se asoma como los nuevos capitalistas, sin control ni conocimiento de la ciudadanía.

Y esa constatación la efectuaba sin odio de ninguna clase, pero denunciando la injusticia y la ceguera con que se sostenía una situación injusta e hipócrita. A esa modalidad de capitalismo salvaje ligada al comunismo bajo la consigna de «socialismo o muerte», Oswaldo consideraba que se la podía llamar «el capicastrismo».

El cambio, según Payá, debía de ser pacífico. No podía realizarse de otro modo. Ante el Parlamento Europeo –como en cualquier otro foro en el que pudo hacer oír su voz—repitió una y otra vez que no había escogido el camino pacífico como una táctica, sino porque los consideraba inseparable de la meta del pueblo cubano. La experiencia, señalaba, demuestra que la violencia genera más violencia y que cuando los cambios políticos se realizan por esa vía se llega a nuevas formas de opresión e injusticia.

Por eso, ante Europa y el mundo entero, Payá manifestaba que nunca más la violencia y la fuerza deberían ser vías para superar crisis o gobiernos injustos. Los cambios han de deberse a movimientos cívicos que abran nuevas etapas, cambios en los que prevalezca el diálogo, la participación democrática y la solidaridad. Sólo así se puede construir una paz verdadera.

No hay duda alguna que en su voz se oye nítidamente el eco estruendoso de Gandhi, de Mandela, de Vaclav Havel y de tantos otros luchadores que han entendido que la única lucha por la democracia y los derechos humanos se consigue sólo con el arma de la paz en la mano. Nos recordaba Payá en Estrasburgo que los héroes luchadores cívicos cubanos, los ciudadanos que firmaron el Proyecto Varela, no tenían armas en las manos. No disponían ni de una guerrilla ni de un brazo armado. Sólo disponían – franciscanamente – de ambos brazos extendidos, ofreciendo las manos a todos los cubanos, como hermanos, y a todos los pueblos del mundo.

Y ahí resonaba no sólo el eco del Poverello de Asís, sino la esencia misma del humanismo cristiano. La primera victoria que ya reclamaba Payá como suya consistía en el hecho de que no existía odio en su corazón. Por eso proclamó alto y claro que desde su Movimiento decían a quienes les perseguían y a los que trataban de dominarlos: "tú eres mi hermano, yo no te odio, pero ya no me vas a dominar por el miedo, no quiero imponer mi verdad, ni que me impongas la tuya, vamos juntos a buscar la verdad. Esa es la liberación que Oswaldo Payá proclamaba.

¿Les suena de algo? Yo no he podido evitar la evocación de la célebre oración de San Francisco de Asís, en esos versos sublimes en los que implora al Señor que hiciese de él un instrumento de Su paz. "Que donde haya odio –suplicaba el Santo-- lleve yo el amor; que donde haya ofensa, lleve yo el perdón; que donde haya discordia, lleve yo la unión".

Esos principios, esos deseos, ¿son ajenos a los planteamientos sobre los que se ha construido la Unión Europea?

Ciertamente, ustedes deben conocer mi adscripción a los postulados del humanismo cristiano, y a ese movimiento ideológico que, antes de incurrir en los actuales tactismos estratégicos, vislumbró una Europa unida en la paz y deseosa de garantizar los derechos de las personas, de las naciones y de todo un continente que jamás debería volver a padecer las sucesivas tragedias a que se había enfrentado en la primera mitad del siglo XX. A ese conjunto de personas excepcionales pertenecieron Robert Schuman, Alcide de Gasperi y Konrad Adenauer, junto a tantas otras personas que amaban la paz, la concordia, el entendimiento y el progreso.

El humanismo cristiano no consiste en implantar códigos confesionales en la actuación política, sino en guiarse por un infinito respeto por la dignidad de las personas. Basta releer las obras de los grandes humanistas que fueron filósofos como Maritain o Mounier. Baste considerar su aspiración a un humanismo comunitario edificado sobre el respeto, la dignidad, el diálogo y el encuentro, o su deseo de una sociedad más justa, que trascendiera el materialismo y el capitalismo y que, ante la disgregación y el individualismo, nos hiciese sentir a todos como miembros de la gran familia humana y portadores de un halo de divina dignidad humana.

Esos fueron los principios que alumbraron la incipiente Europa unida que, a veces, parece que nos empeñemos en destruir. Son los mismos principios que inspiraron a Oswaldo Payá desde su más temprana juventud y durante toda su

vida.

En el año 2008, las fundaciones Konrad Adenauer y Robert Schuman organizaron en Bruselas un encuentro denominado "Quo vadis, Cuba?".

La respuesta contenida en el mensaje de Oswaldo Payá vuelve a demostrar no sólo la profundidad de su deseo de paz sino incluso la belleza de las palabras con que la supuesta respuesta de Cuba pudo llegar a ser expresada por Payá. Permítanme su lectura:

"No voy a matar porque no creo en la muerte, pero voy a desafiar la muerte porque quieren obligarme a vivir sin libertad.

"Voy a perdonar para que mis hijos se perdonen y así se liberen del odio para que el mal que hayan sufrido no les persiga.

"Voy a caminar descalza para que los mercaderes aprendan que mis hijos y yo no tenemos precio.

"Voy a gritar por mí misma porque muchos hablan por mí, pero no dicen lo que yo siento y lo que yo quiero.

"Voy a buscar la oscuridad donde están los cautivos porque ellos tienen la luz de la verdad.

"Voy a mirar hacia delante para que estalle la reconciliación y la paz.

"Voy a emerger sobre las olas del miedo que sumergen a mis hijos en el mar de la mentira

"Voy a extender mis manos amigas a todos los países del mundo recordándoles que sobre mí nadie puede poner sus pies.

"Voy a dividir el mar para que regresen mis hijos desterrados, porque soy el hogar de todos.

"Voy a regresar a la fuente de todos los derechos: somos creados libres y hermanos

"Voy proclamar la esperanza pues se acerca la liberación.

Ésa era la respuesta que Oswaldo Payá creía de corazón que Cuba pronunciaría.
15

No se trata, evidentemente, de hacer política sólo mediante bellas palabras. Días después, en julio del mismo año, Oswaldo Payá dirigía un mensaje al Parlamento Europeo en el que recordaba la entonces llamada posición común europea no debía consistir ni en imponer condiciones al pueblo de Cuba desde la fuerza, sino en reclamar y exhortar al gobierno de Cuba en el respeto de los derechos fundamentales, de los derechos humanos de los cubanos en su propio país. Decía Payá que desde el Movimiento Cristiano de Liberación jamás pedirían ni aceptarían sanciones o políticas hacia Cuba que significasen daño o sufrimiento para los cubanos o negación del derecho soberano del pueblo cubano a la libre autodeterminación y a la independencia nacional. Añadía que no apoyaban ni apoyarían embargos o intervenciones e injerencias de ningún tipo.

Ésa era la posición de quien, pocos años después, sería asesinado en Cuba, en una demostración evidente de que las dictaduras no entienden de derechos humanos, ni de diálogo, ni de respeto a las personas. Como había expresado Payá, las dictaduras no son de derechas ni de izquierdas, son sólo dictaduras. Y esa muerte accidental de un pacifista ha tenido siempre nombre y apellidos, y será siempre una vergüenza que pesará sobre el régimen castrista cubano.

Podríamos extendernos muchísimo en las actuales directrices que rigen las relaciones entre la Unión Europea y Cuba. Como avanzaba al principio, la política no siempre permite optar por lo mejor, y a veces lo menos malo no deja de ser la mejor solución a largo plazo. No creo que sea de mi competencia, aquí y ahora, valorar si la entonces llamada posición común europea consiguió sus objetivos o no, o si ahora la cooperación existente da frutos que permitan avanzar a Cuba hacia la libertad y la plena implantación de los derechos humanos universales. Me permito recordar, sin embargo, que hace apenas unos meses el Parlamento Europeo condenó las violaciones sistemáticas de los derechos humanos en Cuba, y que en su resolución los eurodiputados pidieron la liberación inmediata e incondicional de todos los detenidos sólo por reclamar sus derechos humanos, así como la retirada de los cargos penales abusivos y que se permitiese el regreso a la isla de los exiliados. El propio Parlamento recordó que el actual Acuerdo de Diálogo Político y Cooperación entre la Unión y el Gobierno cubano incluye una cláusula de respeto y protección a los derechos humanos.

Sin embargo, más allá de la coyuntura actual, ¿qué lecciones podemos seguir aprendiendo de la lucha y el sacrificio de Oswaldo Payá? ¿Qué puede aprender la

Unión Europea ante el constante ejemplo de reivindicación de los derechos humanos?

La figura de Oswaldo Payá ya no es propiedad de Cuba ni de los cubanos. Como mencionaba al principio, forma parte de una eximia lista de personas que defendieron la libertad, la paz y la democracia al coste de los mayores sacrificios posibles, No es ninguna hipérbole ni exageraríamos en modo alguno si situásemos la actuación de Payá a niveles similares a los Gandhi, Mandela o Havel a que antes aludía. Su éxito no ha de medirse por los logros alcanzados en vida, ni por el éxito deslumbrante de su lucha. Lo que hizo grandes a todos estos líderes no fue su victoria sobre la injusticia sino su lucha contra ella. No debemos valorarlos por sí accedieron a la presidencia de sus naciones o por las páginas que ocupan merecidamente en los libros de historia.

La lucha por la democracia nos enseña que cada paso hacia ella no supone alcanzar un estado permanente e irreversible, sino que exige cada vez una mayor alerta en su defensa. La vieja Europa unida tras dos Guerras Mundiales puede ser un referente mundial de democracia, pero una simple ojeada a los idearios y a las actuaciones de algunos de sus partidos políticos debería hacernos entender la frágil vulnerabilidad de nuestros supuestos derechos adquiridos. Nos azota ahora mismo una oleada de populismo, de división y de odio que resultaba inconcebible tres o cuatro décadas atrás. Creo y espero que Europa sorteará todos estos obstáculos, pero las nubes del horizonte no se disiparán sólo invocando a la esperanza y al optimismo.

Los grandes enemigos del Payá luchador universal y emblemático no son solo el actual régimen cubano, sino el individualismo, el populismo, la fragmentación social y la incapacidad de acomodar nuestros actos a los mínimos estándares de la decencia, la fraternidad humana y la solidaridad universal.

Es fácil reclamar más democracia para defender la democracia. Ante aquel sabio que reclamaba un punto de apoyo para mover el mundo, Europa debe entender que su punto de apoyo para afianzar la democracia no es otro que la aplicación y defensa de los valores del humanismo y de la cohesión social.

Esos eran los valores de Oswaldo Payá. Él mismo explicó más de una vez que su compromiso por la libertad y el entendimiento en Cuba nació en una parroquia leyendo el Evangelio. Payá nos recordó que Jesús decía: "dad a Dios lo que es de Dios", y nos tocó el corazón. Y que cuando el régimen en Cuba quiere quedarse

con tu libertad y con tu misma persona, Jesús te recuerda que eres hijo de Dios, que tienes la libertad que Dios te dio, que el césar no te la puede quitar, y el sistema es el césar que te quiere quitar la libertad". Por eso denominó ese movimiento como Movimiento Cristiano Liberación.

El humanismo social nos exige ese mismo compromiso que alentó la vida de Oswaldo Payá, que le hizo luchar por sus semejantes, por sus vecinos, por los parroquianos de esa pequeña iglesia que reabrió en sus años de juventud. El humanismo social, tan necesario hoy en día, sí que nos exige lucha, valor y esfuerzo. Pero el resultado, ese resultado que siempre podrá ser mejorable como toda obra humana, habrá valido la pena y habrá justificado los sacrificios de Oswaldo Paya.

Muchas gracias.